

Acerca de la historia local, diferentes miradas de análisis

On local history: different analytical views

Escrito por Prof. **Alma Domínguez**

Resumen

El presente artículo aporta a la construcción de la 'historia local' y busca hallar las diferentes aristas que toca el concepto de 'historia local' a través del relato que elabora el historiador como interpretación historiográfica.

La originalidad de este texto está en el relacionamiento entre la concepción de historia local, con la producción intelectual de los historiadores nacionales, conexión complejiza el saber y, a su vez, permite hacer un relevamiento historiográfico al respecto de lo local. Este saber es el que da lugar a la historia como escritura historiográfica de la que no nos podemos apartar.

Palabras clave: historiador, interpretación, microhistoria, historia local

Abstract

This article contributes to the construction of local history and intends to identify different aspects that relate to this concept through the historian's relation as historiographic interpretation.

Its originality lies in the relationship it establishes among the concept of local history and intellectual production by national historians. This relationship is oriented towards a complex analysis of knowledge and allows a historiographic study of the local. This knowledge makes room for history as historiographic writing we cannot do away with.

Keywords: Historian, interpretation, microhistory, local history

Introducción

Este trabajo busca deconstruir el concepto de 'historia local'. Por un lado, contemplaré una arista que visualiza la diferenciación –y el contacto– entre historia local e historia regional; por otro lado, trataré los puntos de convergencia y divergencia entre la historia local y la microhistoria.

Acerca de lo local

El abordaje de la historia local muestra una serie de escollos específicos que vuelve dificultosa la tarea del historiador al momento de su investigación, porque son problemas que se agregan a los condicionamientos teóricos y metodológicos propios de la disciplina histórica. En algunos casos, exige revisar el camino recorrido por otros historiadores; en otros, genera nuevas interrogantes epistemológicas, vinculadas con el objeto de estudio o con las posibilidades dadas por su interpretación.

Así, el análisis de la historia local conlleva un problema de nomenclatura; ¿qué incluye lo espacial? ¿qué se entiende por lo regional, lo local? ¿Son conceptos análogos? Esto nos conduce al problema sobre qué tipo de historia está haciendo el investigador cuando hace historia local.

Los problemas de la historia local surgen también al considerar su delimitación, como la importancia de la investigación en este campo, el aporte y el valor académicos y su reconocimiento por los colegas. En cuanto al desafío metodológico, se redimensiona y ensancha el concepto de fuentes, se incluyen documentos que antes no eran considerados, que recuperan, por ejemplo, la voz de los sin voz.

Surge entonces la pregunta de si estamos frente a la prefiguración de una historia diferente.

Debate en torno del concepto de región

El intento por definir los contornos que caracterizan la historia local nos conduce a la problematización del campo de estudio y a su propia deconstrucción.

En los años sesenta y setenta, la idea de historia regional tuvo su punto de contacto con la historia económica, en estrecha relación con los conceptos de centro y de periferia. Chiaramonte (2008) plantea en su artículo "Sobre el uso historiográfico del concepto de región" una idea de región, y luego la deconstruye en distintos pliegues.

El autor propone que existe cierta ambigüedad en el concepto de región. Discute acerca de los orígenes del término y sus vínculos con la idea de Nación y Estado.

Lo regional puede tener su punto de contacto con la historia total, dependiendo de las preguntas que el historiador realice y la metodología de análisis de las fuentes que aplique. En su momento, Boudeville (1961) y Perroux (1950) plantearon que no existe una región verdadera, sino tantas regiones como objetivos de estudio se tenga.

Así, aparece el rol del historiador en función del corte metodológico que realiza a las fuentes:

“

De manera entonces que historia económica regional y análisis de los espacios económicos deberían manejarse con la necesaria atención a esa historia del uso de las nociones de región y espacio, de la que he podido evocar solo algunos de sus rasgos, como producto en buena medida de la experiencia personal. Pero que, en todo caso, son útiles para eliminar la obsesión de un espacio total económico y unos espacios parciales –regiones económicas– que deberían estar claramente delimitados como «sujetos históricos» en nuestro trabajo de historiadores (Chiaramonte, 2008).

”

De esta forma, Chiaramonte trae el otro costado del hacer historia total, que da lugar a los estudios sobre lo regional. Desde una perspectiva historiográfica, la historia regional estuvo enlazada a dos significados: uno que se aplica al período de desarrollo del capitalismo y otro que se aplica en las etapas anteriores a su irrupción. Es decir, según el historiador es necesario rever si posee sentido el intento de definir posibles regiones, cuando no existe el mercado integrado propio de las Naciones / Estado, y cuando no existe una economía nacional. Aquí, el historiador tiene que pensar lo que se incluye y lo que no se incluye dentro del término. A veces se ha usado el término región como si fuera historia total o como proyección de regiones actuales hacia el pasado, se llegó a usar la palabra región como sinónimo de nación.¹

Chiaramonte hace foco en la complejidad de esta conceptualización y la problematiza:

“

Creo que las reiteradas e infructuosas tentativas de definir el concepto de región provienen de la inadvertencia de ese conjunto de supuestos inconscientes que hemos parcialmente analizado y que ha conducido a convertir el vocablo en uno de esos clichés, carente de real sustancia histórica, que proviene del uso irreflexivo del vocabulario que utilizamos (Chiaramonte, 2008).

”

A modo de ejemplo, consideraré la escritura de Ana Frega, y su relación con los conceptos que expone Chiaramonte. Esta puesta en diálogo nos permitirá ver la forma en que se practica el oficio del historiador, cómo se carga de sentido y de contenido su escritura y cómo se configura la historia regional. El título de su obra Pueblos y soberanía en la revolución artiguista: la región de Santo Domingo

Soriano desde fines de la colonia a la ocupación portuguesa, nos ubica en dos coordenadas de la investigación: el tiempo y el espacio, este último referido directamente al problema de la historia regional.

En el primer capítulo,² Frega hace algunas aclaraciones de su línea de investigación para que no haya confusiones sobre los criterios metodológicos, en lo que constituye el hacer del historiador:

“

La investigación aquí desarrollada parte de otras bases. Considera a la región en su historicidad –y no como un dato–, tomando como criterio para delimitarla las posturas de los poderes locales, contrapuestos en más de una ocasión a los centros políticos-administrativos. Además, sostiene que no existe un corte entre “historia local” e “historia global” sino que, por el contrario, cada actor histórico participa en procesos inscriptos en contextos, dimensiones y niveles diferentes, del más local al más global (Frega, 2011: 23).

”

ega visibiliza sus decisiones como historiadora: el hecho de no realizar un corte metodológico entre lo local y lo global, continuando la línea de Chiaramonte. Por tanto, permite pensar la región en otros términos, pone foco en lo local y su relación con los centros de poder de Montevideo, Buenos Aires y el Imperio portugués –entiende, justamente, que Villa Soriano estaba en una posición de contacto con los tres–, delimita el término conceptual en consonancia con el planteo del historiador argentino.

Resulta interesante cómo valida su enfoque en la academia: va de lo macro a lo micro, trabaja algo desde lo local y lo legitima. Por ejemplo, analiza lo político a través del estudio de la crisis revolucionaria, desde una perspectiva local; juega con el ejercicio del poder del cabildo de Villa Soriano; expresa que son los vecinos los que tienen el poder (los de «abajo»), su relación con el poder central y, por tanto, que tiene repercusiones en el total, en la revolución y en el surgimiento de la reacción: “con arraigo en la zona, conocedores del vecindario y sus recursos, desempeñaban una función mediadora difícil de sustituir” (Frega, 2011: 90).

En síntesis, Frega aplica la posición epistemológica de Chiaramonte para deconstruir el concepto cerrado de regionalismo. Nos muestra cómo poner foco en lo regional de una forma diferente: no propone un nuevo objeto, sino una nueva mirada, un nuevo acercamiento basado en la escala, que implica un ajuste espacial de la observación y de la práctica y la necesidad de detectar la diversidad y la particularidad en un determinado contexto unido por una cierta coherencia fenomenológica. Este planteo traza un perfil dentro de los estudios regionales y locales que involucra al historiador como comunidad historiográfica y genera una búsqueda de la perspectiva teórico-metodológica, dentro de una forma de hacer historia que requiere un ejercicio de reflexión en relación con su propio quehacer. En palabras de Frega:

“

ese proceso, a su vez, es abordado desde una región particular del territorio que luego conformaría la Provincia Oriental. La selección de una unidad significativa permite reducir la escala de observación, posibilitando una más ajustada caracterización de los diversos grupos sociales y su conflictiva trama de redes sociales, así como un mayor acercamiento a las trayectorias personales en la dinámica de la revolución (Frega, 2011:13).

”

Territorio y espacio

Analizar el concepto de historia regional nos lleva a la idea de territorio, asociado con el espacio geográfico, pero también con la identidad social y cultural.

“
El espacio, entendido como territorio político y circuito económico, es una realidad construida por las prácticas individuales y colectiva de los humanos. Esa construcción, ese «espacio construido» afecta o condiciona directamente también la vida humana en sus diversas dimensiones (Frega, 2011:19).
 ”

Este fragmento de Frega define espacio desde tres perspectivas: primero, el espacio como construcción de una realidad política y económica que permita entender las estructuras. Además, el espacio como generador de encuentro de lo colectivo, con peso en lo social, y por último, el espacio donde ocurre la subjetividad de la vida humana, en la individualidad.

De esa manera, el espacio conlleva una unidad no solo geográfica sino económica, política, social y cultural, que tiene elementos comunes que lo distinguen de otros espacios.³

Visto así, me interesa indagar cómo ha sido entendido el espacio dentro de nuestra historiografía. El equipo de historiadores Barrán y Nahum (1989) definen el espacio bajo la idea de un todo ideológico dibujado por la revolución oriental y por tanto marcado por la lucha entre el centralismo de la dirigencia porteña y el federalismo artiguista. Este enfrentamiento atraviesa el concepto de espacio y define las decisiones y destinos revolucionarios:

“
...la geografía tiene su importancia en relación a las producciones específicas que permite, a las estructuras económico-sociales que de ellas dependen, a la dificultad de comunicaciones, el consiguiente aislamiento interprovincial y el reforzamiento del sentimiento localista (Barrán y Nahum, 1989: 12).
 ”

Otros historiadores, como por ejemplo Reyes Abadie, Bruschera y Melogno, utilizan el sentido del espacio como lugar: la pradera, la frontera, el puerto. Se analiza una estructura económica que genera lazos vinculares y que influye en la toma de decisiones. En la idea de espacio confluyen el dominio de la tierra y la explotación de un ganado que va y que viene:

“
Para la pradera y sus hombres, la frontera no pudo nunca tener –más allá de la presencia itinerante de los fuertes y guardias militares– el carácter de un límite, de una marca divisoria entre dos extraños. Fue, por el contrario, ámbito frecuentado, mundo de relaciones continua y prolongada de su propia naturaleza y realidad... Fue el mundo del contrabando, del intercambio y del negocio, de la verdad geográfica en contradicción con la norma legal (Reyes Abadie, Bruschera y Melogno, 1966: 112).
 ”

El espacio aparece relacionado con los modos de vida de esta gente, por ejemplo, en el contrabando.

Para sintetizar, observemos los vínculos entre el espacio geográfico y el concepto de región a través de la siguiente cita de Fernández



“

Dicho esto, se descuenta que los estudios regionales y locales tienen un correlato que los liga al espacio de forma persistente; ello no quita que este vínculo sea muy diferente de acuerdo con la perspectiva o la línea analítica que se utilice, y más aún en función de la intencionalidad que quiera otorgárseles –académica, política, económica (Fernández, 2007: 33).

”

La identidad en relación con el espacio y la región

Estas formas de hacer historia invitan a configurar el espacio como escenario de reflexión crítica de la realidad social. La identidad, asociada con las condiciones de pertenencia o no a un lugar, tal como si fuera un adentro y un afuera, marcados por los rasgos de identificación y de “enraizamiento a un sitio” (Fernández, 2007).

Fradkin (2001:126) entiende que “esto lleva a reconsiderar dos cuestiones: el lugar de las tramas i

nstitucionales que definen una región y los factores que intervienen en la configuración de las identidades colectivas”. Este planteo nos permite abordar la historia regional desde una doble entrada; la primera, entender lo regional como un producto histórico, que pone en juego diferentes dimensiones de análisis. Por otro lado, desafía a pensar esa organización espacial desde sus sujetos y sus subjetividades.

La identidad, vista como un proceso dialógico que se legitima y reafirma en contacto con el otro, es un fenómeno colectivo que implica el reencuentro con uno mismo (Serna y Pons, 2003)

Memoria e identidad tienen una estrecha relación: la memoria implica la presencia del pasado, de allí que sea receptáculo de la conciencia histórica:

“

Toda conciencia del pasado se basa en la memoria. A través de la memoria, recuperamos la conciencia de los acontecimientos pasados, distinguimos el ayer del hoy y nos aseguramos de que hemos experimentado un pasado (Lowenthal, 1993).

”

La conciencia del pasado es un componente inevitable del presente. La concepción del pasado común es un factor unificador y una pieza clave para la identificación de la comunidad. Esta conciencia resulta en una versión de la historia como instrumento de legitimación y de afirmación de las sociedades.

La memoria encierra olvido, de allí la importancia de recuperar las vivencias y tradiciones que hacen a la construcción identitaria de la comunidad. Le Goff lo expresa claramente: “la distinción entre pasado y presente es un elemento esencial de la concepción del tiempo, por consiguiente, es una operación fundamental de la ciencia y de la conciencia histórica” (2005: 177).

El rol del historiador es analizar ese juego presente–pasado en su diversidad. Así, se puede tomar conciencia de cómo el discurso histórico ha sido utilizado a modo de instrumento político. La nueva historia, como lineamiento epistemológico, tiende a revisar estas posturas tradicionales (Zubillaga, 2002).

Si relacionamos esta nueva arista, e investigamos en la historiografía nacional, vemos por dónde pasa la idea de identidad. Para Frega (2011), la identidad tiene que ver con dos análisis: la concepción del poder a través de la soberanía particular de los pueblos, y la construcción de la figura de Artigas. A partir de ellos, la autora abre un debate historiográfico.⁴

Esta forma de hacer historia, y su uso, revisa viejos planteos a la luz de nuevas perspectivas de análisis. Es en este panorama de la historiografía actual donde los estudios regionales alcanzan una nueva dimensión, porque las investigaciones más acoñtadas sirven especialmente para la complejización de los problemas que la historia tiene que trabajar.⁵

Barrán (1991), propone otra forma de pensar el espacio y su relación con la identidad; describe el carnaval, una fiesta popular que forma parte y construye la identidad del montevideano. Al analizar un fenómeno de «larga duración» –en términos braudelianos– que presenta características distintivas frente al carnaval de otras ciudades del mundo y de otros tiempos, se inscribe en la identidad y en la memoria colectiva.

“

El Carnaval era la fiesta y el juego de la cultura «bárbara» en Montevideo; la culminación del ciclo festivo que se iniciaba el 24 de diciembre con la Nochebuena, sus cohetes, matracas, serenatas y bandas de jóvenes; seguía el 31 de diciembre con los «grandes bailes de sociedad» y los populares (ya de máscaras) y la quema de fuegos artificiales en la Plaza Constitución, a la que a veces asistía hasta la quinta parte de los habitantes del Montevideo urbano, como en 1869 (Barrán, 1991:107).

”

En definitiva, el territorio al que se refiere Barrán es un espacio pequeño, circunscrito en unas pocas cuadras, pero que se torna en el reflejo de la vida. Esta noción enfatiza lo propio, lo cercano y sus formas: la percepción del espacio, que está determinada por la apropiación de elementos identitarios. De este modo, se recupera la trama social bajo las formas psicológicas y materiales de articularse, relacionarse o identificarse con un lugar físico.

La historia es construcción. Es importante considerar el oficio del historiador, que intenta responder preguntas generando una tensión epistemológica. Los ejemplos de Frega y Barrán nos muestran el hacer del historiador, ese problematizar nociones y conceptos arraigados, como manera de generar nuevas perspectivas en la interpretación histórica.

En palabras de Dosse:

“

Se deduce de ello un nuevo imperativo categórico, que se expresa en la exigencia, por un lado, de una epistemología de la historia concebida como una interrogación constante de los conceptos y nociones utilizados por el historiador profesional, y por otro, de una atención historiográfica a los análisis propuestos por los historiadores de ayer (Dosse, 2004: 8).

”

La historia local

La historia local ingresa al campo histórico desde la historia social, a partir de la década de 1960, con la influencia de otras disciplinas como la antropología y la psicología. Sin embargo, existe una particularidad en su desarrollo e implementación; no en la referencia a un tema, sino la forma en que se procede al análisis. De manera que la historia local no propone un nuevo tema, un nuevo objeto, sino una nueva mirada, un nuevo acercamiento, un nuevo abordaje analítico (Fernández, 2007: 39).

Serna y Pons (2003) inician sus argumentos desde la categoría de lugar para teorizar sobre los distintos sentidos y acepciones dados desde la práctica historiográfica a la calificación de historia local. El recorrido que traman revisita las producciones intelectuales desde las ciencias sociales –en especial las europeas y estadounidenses–, contemplando la discusión y convenciones derivados del fenómeno de lo

espacial; en segundo lugar, articula su argumento alrededor del carácter constructivo del tópico de lo local. Para ellos, lo local constituye una nomenclatura con fuerza propia, que remonta al oficio del historiador y vincula el concepto de lo local con el concepto de localismo.

“

...estudiar en no es sin más confirmar procesos generales. De ahí que no aceptemos aquella afirmación según la cual lo local es un reflejo de procesos más amplios [...] si estudiamos este o aquel objeto en esa o en aquella comunidad no es porque sea un pleonasma, una tautología o una prueba más repetida y archisabida de lo que ya se conoce, sino porque tiene algo que lo hace irreplicable, que lo hace específico y que pone en cuestión las evidencias defendidas desde la historia general (Serna y Pons, 2003: 39).

”

El desafío del historiador local se relaciona con la conciencia del carácter artificial de esta delimitación y de la dificultad de construir un discurso que sea aceptado por el mundo académico, con un vocabulario acorde. Además, debe aportar ese elemento de lo local como algo nuevo, como algo que lo hace irreplicable, específico (Serna y Pons, 1993).

En cuanto al manejo de las fuentes, se incluyen evidencias que no eran tenidas en cuenta por la historia general: archivos parroquiales, fotografías familiares, testimonios, objetos, mitos. Así, cuando se hace historia local se debe analizar el objeto de estudio sin desnaturalizarlo, sin quitarle sus particularidades, respetando su valor intrínseco. Esto nos lleva a la representación de la historia: el historiador representa algo que no vivió y que ha desaparecido, pero dejando vestigios en las fuentes. Surge así el problema de la interpretación de estas fuentes, qué datos se verterán en la representación y con qué finalidad se hará la investigación.

Historia: interpretación y representación

La interpretación y la representación histórica del pasado están en el escritorio del historiador. Ricoeur (2006) desdobra la noción de la representación: en parte, la base epistemológica como objeto privilegiado de la explicación, comprensión, y también como operación historiográfica:

“

Una firme convicción anima aquí al historiador: por más que se diga del carácter selectivo de la recogida, de la conservación y de la consulta de los documentos, de su relación con las cuestiones planteadas por el historiador, incluso de las implicaciones ideológicas de todas estas operaciones –el recurso a los documentos señala una línea divisoria entre historia y ficción: a diferencia de la novela, las construcciones del historiador tienden a ser reconstrucciones del pasado. A través del documento y por medio de la prueba documental, el historiador está sometido a lo que, un día, fue. Tiene una deuda con el pasado, una deuda de reconocimiento con los muertos, que hace de él un deudor insolvente (Ricoeur, 2006: 838-839).

”

El historiador tiene la tarea de representar el pasado y esta labor desde su génesis constituye un problema. De Certeau (1993) se pregunta sobre qué fabrica el historiador cuando “hace historia”. Hacer historia conduce siempre a su escritura, el acto de escribir consiste en recuperar el sentido del pasado como acto reflexivo, que pone en juego la constante interpretación, esa es la base de la operación historiográfica.

La escritura como tal, y la del historiador en particular, se apoya en un lugar social (una institución de saber) y se encuentra ligada a una práctica investigadora. Esto supone, en opinión de De Certeau, que la escritura constituye una suerte de juego secreto del lenguaje que transgrede el código de las prácticas y crea una ilusión del pasado.

“

Enfocar la historia como una operación, será intentar, de un modo necesariamente limitado, comprenderla como la relación entre un lugar (un reclutamiento, un medio ambiente, un oficio, etc) y unos procedimientos de análisis (una disciplina). [...] En esta perspectiva, quisiera poner de manifiesto que la operación historiográfica se refiere a la combinación de un espacio social y de prácticas “científicas”.

Este análisis de los preliminares de los que no habla el discurso permitirá precisar las leyes silenciosas que circunscriben el espacio de la operación histórica. La escritura histórica se construye en función de este espacio cuya organización parece invertir.

aquella obedece, en efecto, a unas reglas propias que exigen ser examinadas por sí mismas (De Certeau, 1993: 16).

”

En tal sentido, el historiador se diferenciaría del creador literario en que sus configuraciones narrativas pretenden una reconstrucción de los acontecimientos sucedidos, atravesada por el hallazgo de los documentos. “Lo que está sin decir” forma parte de aquel juego constante de interpretar históricamente, operación que deja lugar para la “subjetividad” (De Certeau, 1993: 17).

La interpretación del pasado, y su representación a través de documentos y de la escritura, son temas que aborda Koselleck (2004), quien distingue la historia (con h minúscula) de la Historia (con H mayúscula) como procesos separados, pero con ciertos puntos de convergencia. En el campo de la historia y de la Historia entran también aquellos relatos, testimonios, hechos y vivencias que tienen que ver con lo individual, pero en los que se refleja lo colectivo. Y en lo colectivo encontramos pistas de lo singular: la forma en que se desarrolló un sujeto en esa Historia en el devenir de lo colectivo: experiencias del sujeto histórico ubicado en un tiempo y un espacio.

También se incluye la representación del mundo en el que un individuo o un grupo de individuos vivió: su comarca, su lugar, su tiempo, su paisaje. Todos elementos de lo singular y en esos elementos de lo singular podemos detectar elementos del pasado colectivo, y por lo tanto de la Historia.

Lo que fabrica el historiador y su mención depende de cada historiador, para Ginzburg (1995) es microhistoria; el antropólogo Geertz (1994) refiere a miniaturas o historia etnográfica; y para Darnton (2003) son retratos históricos, esas fotografías del instante captan los movimientos de un individuo o individuos dentro de un marco, dentro del contexto del que da cuenta el investigador.

La microhistoria

En este juego de representar e interpretar el pasado, los historiadores hacen de él un análisis micro, esto nos lleva a considerar los puntos de convergencia con la microhistoria.

Muchas veces se encasilló a la microhistoria dentro del rótulo de anecdótico, de estudio de segunda mano, desestimándose su análisis por pertenecer a la petite histoire. Burke (1996) y Revel (1995) plantean que el quiebre introducido por la corriente de la microhistoria italiana y sus repercusiones tanto en Francia como en España, constituyó uno de los debates epistemológicos más importantes de fines del siglo XX.⁶

El “paradigma indiciario” sería un modelo cognoscitivo que se basa en las inferencias inductivas, la abducción (como base científica) y el empirismo. Se fundamenta en la creencia que el análisis histórico de procesos microscópicos le permitiría a la historiografía adquirir una dimensión teórica propia, específica, no subalterna ni subsidiaria de las demás ciencias sociales hegemónicas, favorecida por un ideal interdisciplinario.

La microhistoria está dada por el encuentro entre cuatro historiadores europeos con perfiles bien diferentes: Carlo Ginzburg, Giovanni Levi, Carlo Poni y Edoardo Grendi. Pondré en diálogo a tres de ellos. El punto de partida es Ginzburg y veremos qué opinan de ello el resto de los historiadores.

Revel (1995), en su artículo “Microanálisis y construcción de lo social”, deja en claro que no se puede hablar de la microhistoria como si fuera una escuela o una disciplina autónoma, ya que en rigor es una experiencia de investigación que no cuenta con un texto ni con un estatuto fundador. El autor entiende que sería un territorio donde confluyen una gama muy amplia de lecturas e indagaciones.

Según Revel, los tres rasgos más significativos del microanálisis son: su constructivismo epistemológico, su tratamiento experimental de los hechos históricos y el destacado lugar que se le asigna al discurso producido por los microhistoriadores. Así, los microhistoriadores no tomarían la realidad a priori, como si de un objeto dado se tratara, sino que ven la realidad como el resultado de la elaboración realizada por el observador/investigador, a partir de sus instrumentos cognoscitivos.

Para Grendi (1996), el microanálisis ha representado una suerte de «vía italiana» hacia la historia social más avanzada (teóricamente guiada). Se basa en el análisis de las relaciones interpersonales (redes, grupos, mediaciones), dentro de un área antropológica: la reconstrucción de la cultura a través de la exploración de las prácticas sociales. El historiador posibilita tomar en consideración los ángulos teórico-metodológicos de la investigación histórica.

Ginzburg (1976) hace su aporte presentando la historia de Menocchio. En la siguiente cita reflexiona sobre la metodología de trabajo, la escritura y el microanálisis, además de plantear la duda del historiador respecto de la recepción de la investigación:

“

Me había propuesto reconstruir el mundo intelectual, moral y fantástico del molinero Menocchio, mediante la documentación producida por quienes lo habían mandado a la hoguera. Ese proyecto, en ciertos aspectos paradójico, podía traducirse en un relato que transformase las lagunas de la documentación en una superficie tersa. Podía, pero evidentemente no debía: por motivos que eran a la vez de índole cognitiva, ética, estética. Los obstáculos que salieron al paso de la investigación eran elementos constitutivos de la documentación y, por tanto, debían volverse parte del relato: así como las vacilaciones y los silencios del protagonista frente a las preguntas de los instructores del proceso, o frente a las mías. De ese modo, las hipótesis, las dudas, las incertidumbres se volvían parte del relato; la búsqueda de la verdad se volvía parte de la exposición de la (necesariamente incompleta) verdad alcanzada. ¿El resultado, todavía podía ser definido “historia narrativa”?

Para un lector que tuviese un mínimo de familiaridad con las novelas del siglo XX, la respuesta era obvia (Ginzburg, 2010: 374-375).

”

Ginzburg también dialoga con Levi, para quien la microhistoria debe ser necesariamente antirrelativista y debe aspirar a realizar formalizaciones teóricas lo más generales posibles. Así, subraya que los estudios micro y los casos individuales pueden revelar aspectos fundamentales sobre los fenómenos generales. Levi deja clara su discrepancia con Ginzburg:

“

*Para mí, es un error lo que hizo Ginzburg en *El queso y los gusanos*, ya que si bien es un libro bellísimo y muy bien escrito, es también demasiado individualista. Ginzburg no buscó la relación que existía entre su personaje principal y, por ejemplo, su familia. Menocchio, ese personaje, era un herético, pero habría que preguntarse qué decía su entorno sobre esto, así como si la pasión que tenía por los libros era algo compartido también con otros. Es por ello que pienso que esta obra es en el fondo producto de su simpatía por un personaje secundario (Entrevista D. Sempol, G. Levi, en *Maggio*, 2012: 51).*

”

En definitiva, se destacan elementos como: el debate en torno a la importancia que se le otorga a las fuentes, las hipótesis que se puedan formular a partir de ellas y sus posibles aportes y relaciones con la historia macro. Además, se subraya la relevancia de la escritura como herramienta del historiador.

Por su parte Hobsbawm también refiere sobre el estudio de Ginzburg, esta mención posibilita entender la posición de este historiador acerca de los estudios micro.

“

Optar por ver el mundo a través de un microcosmo en lugar de un telescopio no es una novedad. Mientras aceptamos el hecho de que estamos estudiando el mismo cosmos, la elección entre microcosmo y macrocosmo consiste en seleccionar la técnica apropiada. Es significativo que en la actualidad sean más los historiadores que encuentran útil el microscopio, pero esto no significa forzosamente que rechacen los telescopios por considerarlos anticuados (Hobsbawm, 2002: 194).

”

Conclusión

Finalmente A lo largo de este análisis, transversalmente, analizo el oficio del historiador, su escritura, las fuentes que utiliza y su metodología de investigación.

También se explora la operación historiográfica desde el punto de vista de la producción del historiador cuando “hace historia” (De Certeau, 1993).



Notas

¹ En el caso de Uruguay, Pivel Devoto (1952) hizo la delimitación de su objeto de estudio hacia la historia de la nación. Para el historiador, existe un pasado en común que enlaza la sociedad y conduce a la construcción del Estado.

² Titulado “Características de la región de Santo Domingo Soriano”

³ Pensado desde ese lugar, historizar la idea de región nos lleva al concepto de espacio como unidad regional y como representación. Por ejemplo, en la obra *La Méditerranée: le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (Braudel, 1949), el autor estudia ese amplio espacio geográfico en la segunda mitad del siglo XVI. ampliando el concepto a otras dimensiones que bien pueden asimilarse al constructo de región.

⁴ La vuelta de tuerca al concepto de identidad está dada por el aporte de Frega, que retoma nuevamente a Chiaramonte, bajo el entendido de que la crisis revolucionaria da lugar, en el antiguo virreinato del Río de la Plata, a la aparición de distintas soberanías independientes. Se mantuvieron algunos vínculos, alianzas, ligas, confederaciones, que permitieron la sobrevivencia de un proyecto de construcción de una nación. Aborda las particularidades de esa soberanía de los distintos pueblos, y permite observar ese juego de competencia, presiones y negociaciones entre los poderes locales y los poderes centrales. Apunta a examinar cómo el campo de lo local recibió, generó y modificó lo global, superando las visiones elitistas marcadas por la capital.

⁵ Le Goff (2005) refiere a los seis tipos de problemas de la historia, la objetividad; el tiempo histórico y la larga duración; la dialéctica pasado-presente; el futurismo; la historia como ciencia social.

⁶ La microhistoria nace como una respuesta a la crisis de los paradigmas hegemónicos en las ciencias sociales, de mediados de la década de 1970, particularmente el estructuralismo y el materialismo marxista. Surge como una reacción frente a la historia social que emergía dominante, contra el modelo de paradigma hegemónico francés representados por la Escuela de los Annales, en particular contra su segunda etapa, que fue dominante entre la segunda posguerra y los años 70, dirigida por el modelo “braudeliano”, inspirado en una historia con tendencia sociológica y estructuralista, ejemplificado en la metáfora de la «larga duración». Una historia social, pero que quedaba fuertemente anclada en parámetros estructurales, privilegiando la caracterización de sistemas y dejaba un minúsculo margen al accionar concreto de los sujetos en tanto actores sociales. Allí, la primacía de las estructuras y de los sistemas normativos proyectaba un cono de sombras sobre los sujetos, que quedaban en un segundo o tercer lugar en el análisis, perdiendo toda representatividad e importancia en estos acercamientos teóricos.



Bibliografía

- Barrán, J. P. (1991). *Historia de la sensibilidad en el Uruguay (Tomo I) La cultura bárbara (1800-1860)*. Montevideo: EBO-FHCE.
- Barrán, J. P. y Nahum, B. (1989). *Bases económicas de la revolución artiguista*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Burke, P. (1996). "Obertura la nueva historia, su pasado y su futuro", en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer Historia*, Madrid: Alianza, pp. 11-37.
- Chartier, R. (2002). *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa.
- Chiaramonte, J.C. (2008). "Sobre el uso historiográfico del concepto de región". *Revista de Estudios Sociales*, N°35. Disponible en <<https://es.scribd.com/document/305744700/Sobre-El-Uso-Historiografico-Del-Concepto-de-Region-Chiaramonte>> consultado el 6/8/2019.
- Darnton, R. (2003). *Edición y subversión*. Madrid: Turner.
- De Certeau, M. (1993). *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- Dosse, F. (2004). *La historia. Conceptos y escrituras*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Frega, A. (2011). *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista. La región de Santo Domingo de Soriano desde fines de la colonia a la ocupación portuguesa*. Montevideo: Editorial Banda Oriental.
- Geertz, C. (1987). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Ginzburg, C. (2011). *El queso y los gusanos*. Barcelona: Península-Océano.
- Ginzburg, C. (2010). "Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella", en *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: FCE, pp. 351-394.
- González, B., Vega, V. (2010). "Prácticas de lectura y escritura en cinco asignaturas de diferentes programas de la Universidad Sergio Arboleda". *Civilizar*, N°18, pp.101-116.
- Grendi, E. (1996). "¿Repensar la microhistoria?" *Entrepasados*, N° 10, pp.131-140.
- Hobsbawm, E. (2002). *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica.
- Koselleck, R. (2004). *historia/Historia*. Madrid: Mínima Trotta.
- Le Goff, J. (2005). *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Barcelona: Paidós.
- Levi, G. (1999). "Sobre microhistoria", en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer Historia*, Madrid: Alianza, pp.119-143.
- Lowenthal, D. (1993). *El pasado es un país extraño*. Madrid: Akal.
- Maggio, M. (2012). "Microhistoria. Una lectura en clave historiográfica a partir de El queso y los gusanos". *Question*, N°36, pp.46-57.
- Monereo, C. et al. (2012). *Estrategias de enseñanza y aprendizaje*. Barcelona: Graó. Revel, J. (1995). "Microanálisis y construcción de lo social". *Anuario del IEHS*, N°10, pp.125-143.
- Reyes Abadie, W., O. Bruscher y T. Melogno (1966). *La Banda Oriental, Praderafrontera- puerto*. Montevideo: EBO.

Ricoeur, P. (2006). *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*. México: Siglo XXI editores.

Serna, J. y Pons, A. (2003). "En su lugar. Una reflexión sobre la historia local y el microanálisis". *Contribuciones desde Coatepec*, N°4, pp.35-56.

Serna, J. y Pons, A. (1993). "El ojo de la aguja. ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?". *Ayer*, N°12, pp.93-133.

Soares, M. (2004). "Letramento e alfabetização: as muitas facetas". *Revista brasileira de educação*, N°25, pp. 5-17.

Vygotsky, L. (2012). *Pensamiento y lenguaje*. Barcelona: Paidós.

Zubillaga, C. (2002). *Historia e historiadores en el Uruguay del siglo XX*. Montevideo: Librería de la FHCE.

